

Josep Fontana como analista del presente: *El futuro es un país extraño*

*Josep Fontana as an analyst of the present:
«The future is a strange country»*

Carlos Marínez Shaw
UNED

Resumen

El futuro es un país extraño (publicado en febrero de 2013 y objeto de una reimpresión en julio de 2018) es un ensayo sobre el estado económico y político del mundo a la altura de la segunda década del presente siglo, para lo cual el historiador Josep Fontana se ha vestido con el traje del analista del presente redactando el libro a partir de las aportaciones de otros analistas coetáneos y de sus propias reflexiones inspiradas en la información suministrada por los estudiosos del presente y la aparecida en los medios de comunicación de masas. Al final de su agudo y documentado ensayo, el futuro del mundo se nos aparece como inquietante en muchos sentidos.

Palabras clave: Economía y política del siglo XXI. Involución e incertidumbre.

Abstract

«The future is a strange country» (published in February 2013 and reprinted in July 2018) is an essay on the economic and political state of the world in the second decade of this century, for which the historian Josep Fontana donned on the suit of the analyst of the present and wrote the book from the contributions of other contemporary analysts and his own reflections, inspired by the information supplied by scholars of the present and mass media reports. At the end of his acute and documented essay, the future of the world we live in seems worrying in many ways

Keywords: Economics and politics in the 21st century. Involution and uncertainty.

La producción historiográfica de Josep Fontana ha seguido una línea de gran coherencia. Por un lado, sus trabajos de teoría histórica e historiografía, desde el primer y deslumbrante esbozo de *La Historia* (1973) hasta su culminación en *La historia de los hombres* (2000 en catalán y 2001 en castellano) con varios jalones intermedios, como el fundamental de *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* (1982) y como aquel en que se encara con las últimas tendencias historiográficas, *La historia después del fin de la historia* (1992). Por otro lado, su vertiente más académica, más de acuerdo con las tradiciones universitarias, a la cual pertenecen sus trabajos sobre *La quiebra de la monarquía absoluta* (1971) o *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX* (1975). Finalmente, sus grandes frescos históricos sobre el siglo XX, desde *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945* (2011) hasta *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914* (2017). Sin embargo, uno de sus últimos libros, aunque naturalmente mantenga sus conexiones con todos los demás, como frutos de un pensamiento homogéneo, destaca como una aportación singular, en razón de algunas características que le son propias y que le otorgan una cierta independencia en el conjunto de su obra.

El futuro es un país extraño (publicado en febrero de 2013 y objeto de una reimpresión en julio de 2018) es un ensayo sobre el estado económico y político del mundo a la altura de la segunda década del presente siglo, para lo cual el historiador se ha vestido con el traje del analista del presente redactando el libro a partir de las aportaciones de otros analistas coetáneos y de sus propias reflexiones inspiradas en la información suministrada por los estudiosos del presente y la aparecida en los medios de comunicación de masas. Sin embargo, no son sólo las fuentes las que cambian, sino también



los objetivos: ahora no se trata de investigar el pasado para conocer mejor nuestro presente, sino de analizar el presente para ver si tenemos futuro, es decir si tendremos un lugar en ese país extraño. Finalmente, Josep Fontana cambia su estado de ánimo, que pasa de su optimismo en la capacidad de transformación de las fuerzas progresistas que se hallan empeñadas en hacer avanzar la historia a un pesimismo que, pese a sus esporádicos intentos de orientarse hacia los rayos de luz que vislumbra aquí y allá, no encuentra un horizonte de esperanza para la humanidad, sino todo lo contrario, una involución en la vida de la mayoría de esos hombres cuya marcha hacia un mundo mejor había tratado de historiar y a los que deja en la misma perplejidad en la que se halla sumergido su espíritu, precisamente en razón de una lucidez sin declinación. Aquí vemos a un Fontana con toda su capacidad de análisis pero que ha

perdido confianza en la evolución positiva de la humanidad, por lo que su estado de ánimo se ha oscurecido no por razones emotivas, sino por la fuerza de los hechos que observa con el mismo rigor de siempre.

El libro tiene una introducción impecable, cartesiana, que no es más que un retrato del capitalismo a la altura de la primera edición del texto, después de su regresión a partir de, digamos, 1975, hasta la segunda década del siglo XXI, con la traumática fecha de 2008 en medio. El largo capítulo siguiente, sin duda el más sustancioso, desarrolla el subtítulo del libro para ofrecernos una reflexión del autor (muy bien fundamentada en un océano de información cuya mera enumeración abarca desde la página 158 a la página 218) sobre la crisis social (que es también económica, política y ética o de valores) de comienzos del siglo XXI. Los capítulos segundo y tercero abarcan la trayectoria política del mundo en los dos últimos decenios siguiendo sus episodios más significativos, con los cuales estamos más familiarizados a través de los medios de comunicación, lo cual no quiere decir que no se nos escapen claves secretas que los interesados tratan de ocultar o tergiversar. Y finalmente, el cuarto y último capítulo trata de ofrecernos un repertorio de posibles vías de salida a la gravísima crisis estructural que se ha descrito; una crisis que, por otra parte, se ha agravado aún más entre la primera edición y la primera reimpresión del libro (es decir, en sólo cinco años de intervalo) y para la que el autor no tiene ninguna solución realmente operativa, por lo que el futuro no sólo es un país extraño, sino que aparece como un mundo asediado por terribles amenazas, escondidas entre la alharaca de la propaganda oficial de los beneficiarios de la crisis (que son además los dueños de la información falsa, interesada y sesgada que se vende como si fuese la verdad). De ahí por tanto, el tono

sombrío del libro a pesar de todos los esfuerzos de su autor por sostener nuestra esperanza.

Josep Fontana es el maestro de toda una generación de intelectuales que creyeron en la idea del progreso de la humanidad. Una idea que, como ya nos indicara el libro clásico de John Bury que todos leímos en su día, se forjó en el seno de la Ilustración, en el Siglo de las Luces. Así aparece en varios autores reverenciados, como Edward Gibbon (1781) o el marqués de Condorcet (1795), que teorizaron sobre el constante perfeccionamiento material y espiritual de la humanidad. La manifestación práctica de esta convicción se produjo en el transcurso de la Revolución Francesa, con su impulso hacia la consecución de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Tras numerosos enfrentamientos en Europa y en América, la ideología revolucionaria acabó imponiéndose, para dejar paso a la vertiente reivindicativa de los derechos sociales que fue asumida por diversas asociaciones hasta la constitución de la I Internacional (1864), que avanzó gracias al empuje de miles de trabajadores organizados, que fueron capaces de imponer un pacto no escrito que mejoraba su situación material y reconocía una parte de sus aspiraciones en materia de libertades, derechos laborales e instrumentos de negociación con los propietarios y los empresarios. Este es el marco en que se produjo el avance de los desheredados, sin que sea necesario seguir los avatares de sus conquistas (ni el precio pagado por las mismas) a lo largo de los años siguientes. Y este es el contexto en que nos movimos toda una generación de la que Josep Fontana podría representar la guía y el paradigma.

Según nuestro autor, la consolidación

de la vía democrática al final de la segunda guerra mundial (con algunas excepciones de permanencia de los regímenes fascistas que nos cogen muy de cerca) prepararon el terreno para el afianzamiento de un pacto entre las clases dominantes (financieros, empresarios, grandes propietarios, etc.) y las clases más desfavorecidas (la clase obrera y las clases medias), que permitió mantener durante treinta años el crecimiento económico, la disminución de la desigualdad y la conciliación social, procurando una prolongada estabilidad a los países europeos y occidentales en general. Sin embargo, ese pacto se quebró cuando aquellas mismas clases dominantes se sintieron libres de la amenaza de los movimientos comunistas y revolucionarios en general y de la presión de la Unión Soviética, que había perdido su capacidad operativa. Fue el momento en que la alianza de las fuerzas económicas decidió romper el pacto y encontró a los partidos políticos capaces de prestarse a ello, con las figuras preeminentes de Thatcher en Europa y de Reagan en los Estados Unidos. Pervirtiendo el lenguaje, llamaron «revolución conservadora» (recordemos otra perversión reciente del mismo orden: la «reforma laboral» del Partido Popular en España) a un colosal proyecto de involución económica, social y política, que en realidad significaba «una política de lucha contra los sindicatos, de desguace del estado del bienestar y de limitación del papel de los gobiernos en el control de la economía», con sus corolarios del declive de la calidad de la democracia y de la desregulación de la economía para servir a los intereses de los poderosos.

Así se quebró el pacto de la posguerra y se inició el proceso que Paul Krugman (como recoge Josep Fontana, que encuentra en el economista estadounidense su principal fuente de inspiración), llama de «la gran divergencia», la gran separación entre unos

(pocos) ricos que se hacen cada vez más ricos y unos (muchos) pobres que se hacen cada vez más pobres^[1]. Y así, integrados en potentes corporaciones empresariales, aupados por agresivos *lobbies* (que dominan la información, controlan la informática y sobornan a políticos y jueces, cada vez más fundidos en una sola instancia de poder, en claro repudio del legado de Montesquieu, como podemos ver en el ejemplo español actual) y amparados por extensas organizaciones internacionales para garantizar su cohesión y evitar conflictos internos, el 1% de los más ricos se han adueñado de la economía mundial e imponen su ley de hierro. Su inmenso poderío les lleva ya al desprecio de contrario: han conseguido el sometimiento de los poderes del Estado a sus dictados y el sometimiento de los pobres a unas normas inventadas por ellos contra las clases menesterosas, que aumentan sin cesar. Para terminar, ya no tienen que simular que el «orden establecido» beneficiaba a la totalidad de la comunidad (la divisoria feudal de *bellatores*, *oratores* y *laboratores*, donde los dos primeros grupos protegían supuestamente a los últimos, o contrato social del absolutismo, donde supuestamente se buscaba el progreso de todos, aunque el reparto de ese crecimiento fuera desigual para conseguir la adhesión de la mayoría, sino que ahora pueden proclamar con absoluto cinismo que el progreso deja «víctimas colaterales», que el paraguas construido deja sin proteger de la lluvia ácida a un numeroso grupo de excluidos. En resumen, el capitalismo ya puede declarar que el sistema no busca el bien público y general, sino el beneficio privado de un reducido número de privilegiados, cuyo escandaloso enriquecimiento se sostiene sobre el trabajo (mal retribuido) de todos los demás. Ya no sólo

1.- Paul Krugman (1953) es un célebre economista estadounidense vinculado a la Universidad de Princeton y Premio Nobel de Economía (2008).

se neutraliza la reacción de los trabajadores (cuyos derechos han sido literalmente hecho jirones), sino que se puede llegar a argumentar que el sistema no se interesa por resolver problemas que afectan a todos, ya que ocuparse de ellos significaría reducir la tasa del beneficio inmediato de ese 1% de privilegiados. Josep Fontana señala los más acuciantes: el control de la polución y el «cambio climático» (otro eufemismo este último para evitar la identificación justa: el deterioro del clima provocado por el modelo de crecimiento programado por los poderosos), pero podríamos seguir añadiendo otros más, como la desforestación masiva, la restricción del acceso al agua, la manipulación de los recursos agrarios a favor de la especulación y a costa del hambre de una parte muy considerable de la población mundial, etcétera.

Siguiendo ahora la trayectoria cronológica del proceso (nuestro autor no renuncia a su vocación y a sus métodos de historiador), se pasa revista a la crisis de 2008. Una crisis de matriz financiera, que se solventó gracias a la recapitalización de la banca con el dinero público y que permitió a los culpables de la crisis no ya sólo subsistir sino salir fortalecidos, enjugando sus deudas pero no exonerando a los particulares afectados de sus hipotecas y de sus pérdidas inducidas justamente por el capital financiero, lo que llevó a muchos a perder sus viviendas y a perder sus trabajos, es decir a convertirse en auténticos parias de la sociedad, sin techo y sin recursos. Y a la sociedad en su conjunto se les obligó a tomar una amarga medicina que corrió bajo el deliberadamente mentiroso nombre de «política de austeridad», que nuestro autor se limita a describir brevemente porque el dañino tósigo es bien conocido por todos los que venimos padeciéndoles desde hace una década: consiste en proceder a una drástica reducción salarial, a una precarización del empleo, a

un «recorte» del gasto público (cuya consecuencia inmediata es el deterioro de los servicios sociales que otorgaban un colchón protector a amplias capas de la clase obrera y de las clases medias). Una política que nadie podía dejar de saber (a menos que no hubieran leído a los clásicos de la economía política desde Adam Smith hasta nuestros días) que no crearía puestos de trabajo (sino los destruiría), que no produciría ninguna reactivación de la vida económica (sino una contracción de la misma), que incrementaría la desigualdad económica y potenciaría el control social, marcando el camino hacia una «tercera» servidumbre de la gleba. Que es lo que ha pasado y, para nuestra desgracia, sigue pasando.

De esa forma, concluye Josep Fontana, llevamos ya cuatro décadas de funcionamiento de este proyecto social puesto en marcha por los poderosos de la tierra para su propio, exclusivo y bulímico beneficio. Un proyecto social que para marcar claramente su condición involutiva, regresiva, podríamos caracterizar como un «nuevo feudalismo». Utilizando las propias palabras de Josep Fontana: «Todo apunta, si esta evolución se mantiene en los mismos términos, a un futuro de retorno hacia una privatización global semejante a la de los tiempos feudales, en que tal vez dejaremos de pagar impuestos al gobierno, reemplazados por los servicios de trabajo forzado a las empresas propietarias de todos los recursos y todos los servicios de que dependen nuestras vidas». Servicios que, hay que recordarlo, en los llamados países del «primer mundo», afectan directamente a la educación, la sanidad y la cultura, además de otros nuevos en que lo que se pierde por completo es la misma libertad, como se desprende de la privatización de las cárceles, donde los reclusos han pasado de la condición de sujetos llamados a la inserción social a la de esclavos privados de todos los derechos y

expuestos a toda clase de sevicias, aunque esto ya lo habían realizado algunas naciones tan «civilizadas» como los Estados Unidos: limbo legal de Guantánamo, escuelas de torturadores, cárceles secretas, prisioneros encerrados sin juicios y sin garantías, ejecuciones arbitrarias.

En el resto del mundo, aunque tampoco la Europa supuestamente rica está libre de estos ataques, los poderosos no sólo tratan de monopolizar las fuentes de energía (tantas guerras con el petróleo de telón de fondo), sino que adquieren el suelo de otros países, compran las tierras de cultivo (a veces a costa del exterminio de las poblaciones autóctonas, privadas de sus medios tradicionales de subsistencia), se garantizan el agua (tan escasa, tan contaminada y tan fuera del alcance de comunidades enteras, condenadas a la sed, la enfermedad y la muerte) y, por el lado contrario, edifican muros o levantan vallas para impedir la movilidad de los desheredados que buscan mejores oportunidades (en contra de la proclamada «globalización»), trasladan masivamente a las poblaciones que estorban en sus áreas de actuación, asesinan (sin mancharse las manos de sangre, sino por medio de sicarios pagados en dólares) a los dirigentes ecologistas o a los defensores de la libertad o instalan en esos mismos lugares enormes vertederos nucleares, cuyas emanaciones condenan al entorno a la esterilidad o a la podredumbre.

Como clave de bóveda del sistema hacía falta dar un paso más: la privatización de la política y del Estado. En esto Josep Fontana vuelve a ser contundente, porque quiere enfatizar un fenómeno esencial pero no tan evidente para la mayoría de las clases populares. Las grandes fortunas no quieren intermediarios que limiten su labor depredadora por medio de leyes o de restricciones, incluso por medio de la mera libertad de expresión, sino que quieren go-

biernos dóciles a sus mandatos que sirvan de pantalla a sus especulaciones, aunque ello vaya en peligro de la misma democracia o de la movilización de la sociedad civil. Para ello, hay que pervertir el juego democrático, financiando a sus candidatos y confundiendo a los potenciales votantes adversos, mediante campañas financiadas con el dinero que les sobra, mediante noticias falsas filtradas a través de los medios de comunicación de masas controlados por las corporaciones (y no hace falta ir muy lejos para comprobar esta financiación de información adicta o esta difusión de noticias tóxicas), aunque también, como veremos enseguida, se puede lisa y llanamente recurrir al concurso de puros dictadores de cuño fascista con o sin antifaz. Para colmo, subraya el autor, que sabe muy bien de los que habla, las derechas («prietas las filas») se limitan a dar mensajes sencillos que, por una parte, van en el sentido de las pulsiones de los grupos más retardatarios y, por otra, ocultan las contrapartidas o las complejidades de las cuestiones, mientras las izquierdas (celosas de «la independencia de su pensamiento») no sólo sienten la necesidad de exponer sus argumentos llegando hasta el fondo, sino que ejercen la crítica sistemática en el propio interior de sus formaciones y se dividen (muchas veces de modo suicida) a causa de su insistencia en los matices. Y de ahí, el diagnóstico final: El capitalismo depredador de nuestros días puede «obrar sin remordimientos: sin que ninguna convicción pueda disuadirle de su propósito de enriquecimiento indefinido a costa de los recursos, los derechos y las libertades de la mayoría».

Y antes de pasar al análisis de la crisis social de nuestros días, una pregunta, propia de momentos de incertidumbre, de la desazón que dan las encrucijadas, de la conciencia de haber perdido una importante batalla o, en el peor de los casos, hasta la



Foto: Josep Fontana en 2012 (Foto: Sergi Fuster, fuente: Jot Down).

guerra: «¿Qué hacer?». Sólo el historiador puede darse una respuesta como científico social: «contribuir en la medida de sus fuerzas a la tarea de reinventar un nuevo futuro, que es todavía un país desconocido, una vez arruinadas las posibilidades de realizar el viejo: el que tuvo su origen en las anticipaciones de la Ilustración y alentó nuestras esperanzas hasta el fin de las tres décadas expansivas que siguieron al término de la segunda guerra mundial». Bien para nosotros como historiadores, pero ¿y como ciudadanos que se unen con otros ciudadanos para encontrar una salida, para dar una solución? Eso ya no está tan claro, por lo que nuestro autor deja la cuestión para el último capítulo, donde comprobaremos que desgraciadamente nuestras herramientas hoy por hoy son insuficientes.

Tras esta intensa introducción (que nos precipita hacia el interior del libro), Josep Fontana desarrolla una de las ideas fundamentales apuntadas. Tomando como enseña una afirmación de Jonathan Nitzan y Shimshon Bichler, donde sentencian que el capitalismo de hoy «no es un modo de producción sino un modo de poder», el autor declara su propósito de ejemplificar (para Estados Unidos por una parte y para Europa por la otra) la concatenación de la privatización del Estado, la restricción de las libertades democráticas y la generación de nuevos modos de prevención y penalización de la protesta pública^[2].

Para los Estados Unidos, su argumenta-

2.- Jonathan Nitzan (1950) es un economista israelí radicado en Toronto como profesor de la York University de aquella ciudad canadiense. Ha colaborado con Shimshon Bichler, otro economista israelí, con quien ha publicado una celebrada obra, *Capital as Power. A Study of Order and Creorder* (2009).

ción parte de una constatación bien conocida: en el año 2011, una sexta parte de la población estadounidense (lo que quiere decir unos cincuenta millones de habitantes) se encontraban por debajo del umbral de la pobreza, una evidencia estadística que induciría a muchos a preguntarse si no nos estaríamos equivocando de país y no nos estaríamos refiriendo a la India o Etiopía. Lo que ha ocurrido es el efecto de una política deliberada de reducción de los costes del trabajo, de debilitación de las organizaciones representativas de la clase obrera y de derribo de la protección pública ofrecida a los trabajadores. El resultado aparece perfectamente resumido por Paul Krugman: «El movimiento de lucha contra el déficit nunca tuvo en realidad el déficit como objetivo. De lo que se trataba era de usar el miedo al déficit para destrozarse la red social de protección».

¿Con qué mecanismos? Josep Fontana se apoya en los testimonios que pudo recoger en los medios de comunicación con ocasión de las elecciones presidenciales estadounidenses de 2012. Primero, nuestro autor se detiene en los argumentos ideológicos esgrimidos en la campaña, que producirían risa por lo que tienen de ridículo pero que generan pavor por lo que tienen de síntoma de una grave deriva espiritual entre las clases dirigentes del país más poderoso del mundo (aunque luego Trump haya superado todos los niveles). Así, Josep Fontana nos reproduce las declaraciones de Michelle Bachman, para quien las escuelas públicas eran «antros de iniquidad en que se enseñaba a los niños a usar condones y poner en duda la superioridad moral norteamericana» (lo que parecen actuaciones realmente positivas para la educación de los menores), mientras Rick Santorum quería suprimir las universidades, instituciones perniciosas «donde el 62 por ciento de los estudiantes pierden la fe» (habría que

preguntarse: ¿la fe en qué?) y el congresista Paul Broun, elevando (¿?) el nivel de la discusión aseveraba que la teoría de Darwin, la teoría del Big Bang y la embriología «son mentiras que salen directamente del pozo del infierno». Quien quiera seguir, puede leer completas las páginas 33-35 del libro, donde queda claro (no sé si a todo el mundo, pero a mí sí desde luego) que «Dios» es el nombre que se da con frecuencia a la propia estupidez.

Tras este instrumental ideológico (no siempre obviamente tan burdo y sujeto a la caricatura, aunque tampoco tan raro que podamos considerarlo una colección de excentricidades aisladas), el autor señala otra serie de acciones de índole más inmediatamente práctica. Por un lado, los *lobbies* se encargan de la financiación (soborno es la palabra más precisa) de miles de políticos y altos funcionarios corruptos (rozando la redundancia, en este y otros casos), a los que garantizan elevados ingresos extraordinarios (e irregulares, hay que añadir), regalos suntuosos (los chalés y los coches de alta gama son los más paradigmáticos) y garantías de su ingreso al final de sus mandatos a través de las famosas «puertas giratorias» a los sillones de los consejos de administración de las empresas a las que favorecieron con informaciones privilegiadas, con retiradas de leyes que perjudicaban sus intereses particulares (muchas de ellas relacionadas con la ecología y con el deterioro climático), con beneficios fiscales injustificados o con la reducción de sus contribuciones al Estado, que según su primitiva definición debe velar por el interés general.

Un tercer mecanismo que nuestro autor considera harto ilustrativo es la persecución de los ciudadanos que no se pliegan al *Diktat* de las empresas y los gobiernos mediatizados por las corporaciones. Sin entrar en demasiados detalles, basten unos datos estadísticos: los Estados Unidos han

visto ascender su población reclusa desde los 300.000 presos de 1972 a los 2.300.000 reclusos de 2012 (cuarenta años después, una cifra casi ocho veces superior). Una cifra que no se compagina con el índice de criminalidad (que ha descendido), sino que se explica por la ampliación de los hechos juzgados delictivos y penados con la cárcel, que, por una parte (que parece trivial, pero que es muy significativa del deterioro económico y social interior) pasan a incluir impagos de recibos o de multas de tráfico por imposibilidad material de allegar el dinero necesario a una población empobrecida, y por otra (con mayor contenido político) por la aplicación de severas penas a los comportamientos que pueden poner en peligro el sistema, lo que, bajo el disfraz de la erradicación del terrorismo y del tráfico de estupefacientes, permite incluir a aquellos resistentes calificados, en un perverso ejercicio de tergiversación, como «radicales» y «extremistas». De ahí que David Garland pueda afirmar con razón que los Estados Unidos se han convertido en la mayor cárcel de la Historia, lo que representa un triste récord para incluir en el libro Guinness^[3].

Josep Fontana se traslada a continuación a Europa. Empieza por desmontar una fábula, un cuento chino, una narración de las *Mil y Una Noches*. que sin embargo he visto asegurarse como cierta en las palabras de muchos colegas de España o de otros países europeos (cuyos nombres no citaré en ningún caso): la crisis de 2008 vino como consecuencia del derroche de los europeos en escuelas y hospitales y en el ocio que les garantizaban sus sistemas de pensiones.

3.- David Garland (1955) es un abogado escocés radicado en Estados Unidos, especializado, entre otras cuestiones, en el tema de las instituciones penitenciarias y en el estado del bienestar. Es profesor de Derecho Y Sociología en la Universidad de Nueva York y está también vinculado a la sección de Criminología de la Escuela de Derecho de Edimburgo.

Sin embargo, la realidad era que el endeudamiento público era en aquel momento muy inferior al endeudamiento privado fomentado en buena parte por las más que «generosas» condiciones de los préstamos (hipotecarios o no) ofrecidas por la banca. Estos son los verdaderos responsables de la *debâcle*: el complejo financiero y político de un capitalismo sin rostro fácil de identificar (a veces escondido bajo términos opacos y engañosos, como el muy difundido de «los mercados» que casi nadie sabe definir de manera comprensible), pero sí fácil de captar por sus efectos: el incremento del paro (uno de cada cuatro ciudadanos, el 25 % de la población), el drama de los desahucios por inicuas ejecuciones judiciales impulsadas por los propios culpables (para arrojar sal sobre las heridas), la desarticulación de las organizaciones obreras, la adquisición obligada de los servicios esenciales a las empresas que controlan el suministro y su precio, los «recortes» para ocasionar la muerte lenta de la educación y la sanidad públicas, la deslocalización de las empresas (que aceleran e incrementan el desempleo), la subcontratación de los servicios (que despojan a los trabajadores de sus derechos y reducen radicalmente sus salarios), el ataque despiadado al sistema de pensiones, que priva a los más desfavorecidos de su último recurso contra la depauperación y empuja a los demás a los sistemas privados, a los planes de pensiones controlados por unos banqueros culpables de los mayores desmanes, de esos banqueros que, en palabras de Robert Fisk, han pasado a convertirse en los «dictadores de Occidente»^[4].

Y así, continúa Josep Fontana, citando ahora literalmente a Michael Hudson, es como hemos efectuado «la transición de la Europa de la socialdemocracia a la oli-

4.- Robert Fisk (1946) es un conocido periodista y escritor inglés radicado en Beirut.

garquía financiera»^[5]. Y siguiendo de nuevo al profesor de la Universidad de Missouri, constata la existencia de «una línea de separación histórica entre una época caracterizada por la esperanza y el potencial tecnológico. Y una era de desigualdad, a medida que una oligarquía financiera va reemplazando a los gobiernos democráticos y somete a las poblaciones a una servidumbre por deudas». Caso de Grecia, que, según un editorial del *New York Times* del 8 de noviembre de 2012, hubo de «beber la cicuta», administrada por la oligarquía financiera de la Comunidad Europea, en una expresión tan gráfica como la escena explicada por Ianis Varoufakis en que captó inmediatamente que tanto el negociador comunitario como él comprendían lo fundamentado de los argumentos griegos, pero que también sabían que el poder estaba del otro lado de aquella barricada dialéctica y que Grecia sería sacrificada^[6]. Caso de España, donde Mark Weisbrot, entre otros analistas, ha demostrado la culpabilidad del Partido Popular en el alevoso desmantelamiento del Estado del bienestar^[7].

Finalmente, Josep Fontana subraya la estrecha vinculación entre la política de austeridad y el reforzamiento de la represión política, como puede fácilmente deducirse para el caso español con la mera lectura del articulado de la tristemente famosa «ley mordaza». Puntualiza el historiador con-

vertido en analista: «La criminalización de la protesta va encaminada a imponer por la fuerza el trasfondo político de unas medidas de austeridad que no son soluciones económicas temporales, sino que contienen elementos de cambio permanente en las reglas del juego social, destinados a persistir: la reforma laboral, limitación del derecho de huelga, ataques a los sindicatos, privatización progresiva de la sanidad pública, desguace de la educación pública...» Sólo se puede estar de acuerdo con este diagnóstico, aunque debamos evitar la perversión del lenguaje y llamemos «contrarreforma» laboral a la política propuesta por el Partido Popular.

Joseph Stiglitz, otro de los mentores de nuestro autor, aunque quizás menos utilizados sus argumentos que los de otros analistas, aparece aquí para dar un diagnóstico final: «Europa se encamina al suicidio»^[8]. Y el economista estadounidense arroja su conclusión con un párrafo especialmente lúcido, y por ello particularmente doloroso: «El activo más valioso de la sociedad, su capital humano, está siendo malgastado y hasta destruido. Los jóvenes, privados a largo plazo de un trabajo decente (...), acaban alienados (...). La juventud es la época en que se forman las habilidades; de este modo, en cambio, se atrofan (...). Los padecimientos que sufre Europa, en especial los de sus pobres y sus jóvenes, son innecesarios». Son, diríamos nosotros, una forma de maldad, de repugnante egoísmo. Esta muerte lenta de nuestra juventud, es uno de los cargos más graves contra la llamada «política de austeridad», cuyo lado social

8.- Joseph Stiglitz (1943) es un célebre economista estadounidense, vinculado a la *Columbia University* y Premio Nobel de Economía (2001). Ha sido profesor en diversas y prestigiosas universidades y actualmente dirige el Instituto Brooks para la Pobreza Mundial de la Universidad de Manchester. Ha destacado como crítico de las políticas impulsadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

5.- Michael Hudson (1939) es un economista estadounidense, profesor de la Universidad de Missouri, que ha sido además analista de Wall Street.

6.- Ianis Varoufakis (1961) es un destacado economista greco-australiano, autor de numerosas obras de economía. Muy comprometido políticamente, fue ministro en el primer gobierno de Alexis Tsipras y actualmente lidera un nuevo partido, el MeRA25, que se dispone a participar en las elecciones griegas.

7.- Mark Weisbrot (1954) es un conocido economista estadounidense. Es codirector del Center for Economic and Political Research en Washington y presidente de Just Foreign Policy.

no deja de producir escalofríos a cualquier espíritu sensible, no así a la cábala de banqueros y políticos, que tienen la piel más áspera que el papel de lija.

Y tras los jóvenes, los pobres. El capítulo segundo se abre con una serie de datos sobre las consecuencias globales que la crisis ha generado sobre millones de personas de todo el mundo. Las cifras proceden todas de organismos internacionales de reconocido prestigio y absoluta confianza y no de otras instituciones erigidas en (mentirosas) voceras del capitalismo más salvaje (como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional). El hambre afecta a más de mil millones de personas, una cifra que tiende a aumentar y a acercarse a ritmo acelerado al doble, a los dos mil millones de personas (todo según la FAO, el IFAD y el WFP, las agencias de la ONU radicadas en Roma y que se ocupan de la agricultura en el mundo). Y, lo que resulta más triste, es que esta penuria no es consecuencia de un colapso de la producción (a pesar de ciertos amenazadores índices maltusianos, en relación con el deterioro climático y con las políticas agrícolas no insensatas sino simplemente egoístas), sino que la causa es política, es decir que se trata de un problema de distribución injusta de los alimentos en aras de un mayor beneficio para los poderosos que controlan la producción, la comercialización y los mercados (aquí empleando el término en su sentido original ordinario).

Si pasamos al apartado del trabajo, aquí utilizando los datos de la OIT, la Organización Internacional del Trabajo, los números no son menos dramáticos. En 2012, la víspera de la aparición del libro que comentamos, ya se contaban doscientos millones de parados (aparte de otros millones de jóvenes que nunca encontrarán empleo). Y se puede seguir con cifras millonarias si atendemos a otras variables fundamentales, como el acceso al agua potable o a la electri-

cidad. Y Josep Fontana toma prestadas las palabras más trágicas para señalarnos otro hecho angustiante, como es el auge de la esclavitud, el tráfico de personas, los millones de seres humanos «comprados y vendidos para el trabajo [forzado, naturalmente], la explotación sexual comercial y la guerra». Un trabajo forzado que sirve además para abaratar los productos consumidos por los más ricos (en virtud de la deslocalización de la producción), una explotación sexual que se ha convertido en uno de los mayores atentados contra la dignidad y contra la vida de las mujeres (y, en menor medida, de los hombres), pero que afecta además en un porcentaje escandaloso a niñas y niños, a los menores de ambos sexos, y una guerra que involucra, mediante el ejercicio de la violencia, a un número creciente de combatientes, también menores en una proporción difícil de calcular (los «niños de la guerra»).

Y el capítulo tercero (que no es más que una continuación del anterior), el registro se enriquece precisamente con un análisis de la segunda consecuencia tóxica de la organización de la economía (y la política) mundial: junto a la miseria de las poblaciones, hemos de hacer frente a la multiplicación de los conflictos y al nuevo (y más negativo) carácter adoptado por los enfrentamientos, que además tienen como escenario privilegiado a los países más arruinados de la tierra. Como dice Robert Parry, nos hallamos ante un «envenenado e inabarcable futuro de guerra y violencia»⁹. Y ello debido a las mismas causas: la exportación de la guerra a los países potencialmente rivales de los poderosos y los irrenunciables beneficios generados por la industria armamentística, pero sobre todo una filosofía política que defiende que la superioridad

9.- Robert Parry (1949-2018) ha sido un destacado periodista estadounidense.

militar es un requisito indispensable para alcanzar la superioridad económica.

Y ello instaaura el conflicto armado en los países atrasados: las guerras arrasaron África y Asia, las guerras permanentes se instalan en Afganistán, en Kurdistán, en Sudán y, últimamente, en Siria, donde ya es difícil contar el número de muertos, inválidos o desplazados. Y el conflicto se desplaza siguiendo las líneas de los ejes de la economía: ahora le toca el turno al espacio Asia-Pacífico, a partir de la consolidación de China como gran potencia mundial, de la competencia por controlar el tráfico en la gran vía comercial del mar del Sur de la China, de las rivalidades regionales no resueltas en la zona como los enfrentamientos por hacerse con las posiciones estratégicas que se disputan una China ascendente y un Japón en declive. Y las guerras cambian de métodos, porque el fracaso occidental en conseguir la hegemonía en Oriente Medio a partir de Irak y en controlar el valladar de Afganistán ha significado un desembolso económico inmenso, por lo que se ha impuesto la nueva forma de los enclaves reducidos, los cuerpos de élite y la proliferación de los drones que alcanzan a los enemigos en los lugares más recónditos, con lo cual se consigue mayor eficacia a menos coste, aunque naturalmente sólo las grandes potencias y sus recursos tecnológicos son capaces de imponer a su favor las nuevas reglas (¿?) del juego.

El resto de ambos capítulos es un rápido análisis de la situación política del mundo en esta etapa de globalización. Josep Fontana lee los periódicos más solventes, estudia a los analistas mejor documentados y utiliza su inmenso bagaje de historiador preocupado por el presente para ofrecer un perfil fiable de la actual geopolítica a escala planetaria. Así, África se define como un continente marcado por las guerras y los golpes de Estado y, como consecuencia, el

predominio de la dictadura y la ausencia de la democracia. América sólo alcanza esas cotas en algunos países, pero asiste a un progresivo deterioro de sus recursos y de sus libertades, incluso en países como México, donde el narcotráfico ha llegado a imponerse al Estado después de la cruenta e infructuosa guerra del presidente Calderón. En Asia, tampoco China o Japón alcanzan la suficiente estabilidad, para no hablar de una India carcomida por el integrismo religioso, la desigualdad estructural de las castas y la corrupción sistémica del gobierno. En Oriente medio, si Palestina sigue siendo la víctima por antonomasia de la injusta alianza entre Israel y las potencias occidentales, la durante un tiempo esperanzadora reclamación de las libertades por los países del norte de África parece haber concluido en una dramática frustración, como explica Josep Fontana con una shakespeariana sentencia: «la primavera árabe de la democracia ha acabado en el invierno del islamismo» (*the winter of our discontent*, que diría el gran escritor isabelino).

Y no vale la pena seguir por esta vía, entre otras cosas porque los juicios de nuestro historiador han dejado en parte de ser válidos después de los cinco años transcurridos entre la primera y la segunda edición de su libro. Y lo malo es que la pérdida de vigencia se debe sobre todo a que las cosas no han hecho sino empeorar sensiblemente, para lo cual basta fijarse en uno o dos detalles, como son el profundo deterioro de la democracia en aquellos países (esencialmente europeos) donde parecía mejor consolidada o la epidemia de dictadores que está asolando el territorio político: Putin en Rusia, Erdogan en Turquía o Bolsonaro en Brasil, más otros tiranos de menor entidad, sin pronunciarnos por personajes de invisibles cualidades políticas y morales como Trump, que además es el presidente de la primera potencia del planeta.



Fontana en su despacho (Fuente Asociación Española de Historia Económica, aehe.es).

El cuarto y último capítulo recoge gran parte de las primeras ideas y, sobre todo, trata de encontrar una alternativa al siniestro sistema imperante. Lo más dramático es la constatación de que después de siglos de lucha de clases en que las clases menesterosas, las clases desfavorecidas habían ido conquistando, paso a paso, muerto a muerto, determinada cotas de libertad, de igualdad y de bienestar, el gran complejo político-económico, la gran alianza de los estadistas (aunque quizás caracterizarlos con este término sea mucho decir) y los empresarios (particularmente los banqueros) han ganado esa lucha de clases, han derrotado a los parias, a los pobres, a los obreros e incluso a las clases medias. Y además, han sabido disfrazarse perfectamente, de tal modo que no sean fácilmente identificables porque se escudan tras los arrogantes logos y las orgullosas siglas de las corporaciones, que actúan como auténticas sociedades se-

cretas al servicio de un capitalismo anónimo, que ha puesto a su servicio a los propios Estados, ante los que anteriormente podían recurrir los ciudadanos. El Estado, por lo menos, tenía que someterse al voto de esos ciudadanos, al control democrático, mientras que las corporaciones no responden ante nadie.

Ahora bien, ese arma democrática, el voto, también se ha precarizado, también ha perdido gran parte de su virtualidad, de donde proviene el progresivo y generalizado descontento popular con las instituciones presuntamente democráticas, que pese a todo constituyen la única garantía (por devaluada que esté) que poseemos. Esta desesperanza se produce a partir de la constatación de un voto profundamente mediatizado por la acción de los poderosos que controlan los gobiernos y que manipulan las elecciones no a través del antiguo y burdo pucherazo, sino mediante meca-

nismos más sofisticados, como son, por un lado, el bombardeo desde los medios de comunicación de masas de mensajes tendenciosos, de argumentos a favor de sus candidatos o, en muchas más ocasiones de las que creemos, de puras mentiras. Y, por otro, el procedimiento, denunciado cien veces pero rara vez desmontado, de la financiación ilegal de los partidos, que desvían hacia sus campañas electorales una gran cantidad de fondos suministrados, de modo nada desinteresado, por las corporaciones, que así consiguen aupar a los grupos que van a garantizarles las leyes que precisan para continuar su labor depredadora.

Y, sin embargo, al final, a poco que la democracia retenga algo de sus virtudes, a poco que el régimen parlamentario permita escuchar la voz del hombre honrado que buscaba Diógenes con su candil o que en la mitología bíblica pudo haber salvado a Sodoma de la ira de un dios encolerizado, sigue siendo para el ciudadano medio la mejor vía para conseguir algunos resultados favorables, aunque sea dentro de una modesta acción reformista, aunque sea dentro de la lógica del mal menor. Porque otros movimientos masivos de protesta, que crearon espacios de debate libre, que alumbraron las hilachitas de una esperanza (Atahualpa Yupanqui *dixit*) para los más perjudicados, parecen haberse desdibujado en este preciso momento, justo cuando aparece la segunda edición de nuestro libro.

En efecto, el movimiento de los «indignados» ha conseguido, pese a la criminalización de la protesta y de la mentira y la descalificación usadas como armas por la reacción, canalizar la protesta de miles y miles de personas afectadas por la crisis, crear ámbitos de discusión y concienciación ciudadanas, incluso introducirse en las instituciones democráticas. Y sin embargo, los resultados obtenidos no son demasiado alentadores, pese a las acciones puntuales

ante algunas de las injusticias más flagrantes (lucha contra los desahucios) o los intentos de condicionar las decisiones en las instituciones de distinto nivel, pues al final no ha sido posible crear una alternativa políticamente hegemónica, aunque todavía no hay que darse por vencidos.

En Estados Unidos, Josep Fontana analiza con cierto detalle movimientos como el denominado «Occupy», dejando hablar en su favor a Noam Chomsky, el eterno luchador, pero para acabar aceptando finalmente el juicio pesimista de Shamus Cooke, que nuestro historiador glosa así: «(Occupy) se ha dividido en una docena de movimientos con objetivos diversos, mientras que para luchar eficazmente contra el sistema se requería un vigoroso movimiento social con un objetivo definido». Y lo mismo puede predicarse de otras movilizaciones reivindicadas, como la de las mujeres (la de mayor recorrido debido a las altas cotas de desigualdad y de discriminación que padecen, cuando no son víctimas de la mayor explotación laboral y sexual conocida o cuando no mueren a manos del crimen organizado, como ocurre en los agujeros negros de la frontera norte mexicana), la de los estudiantes universitarios (carentes de perspectivas de trabajo) o los campesinos (que han de defenderse de las estrategias del capitalismo depredador que les está privando de sus medios de subsistencia), los parados (que han perdido de vista cualquier horizonte esperanzador) o los jubilados (a los que les han robado sus pensiones). Todo ello no genera una acción política masiva y unitaria, sino que parece más la concatenación de una serie de fogueos, justamente lo que caracteriza la rebeldía primitiva, para seguir el término clásico acuñado por Eric John Hobsbawm^[10].

10.- Noam Chomsky (1928) es un célebre lingüista, más conocido aún por su activismo político y sus numerosos libros sobre la economía y la política en el mundo actual.

Hasta aquí, el análisis de las coordenadas económicas y políticas en las que estamos inmersos y con las que estamos en un íntimo desacuerdo ético. Sin embargo, Josep Fontana no se queda satisfecho con cumplir este papel de analista (que aquí le hemos adjudicado desde el propio título de un artículo destinado a glosar esta faceta de su labor intelectual), sino que quiere, como Karl Marx, no sólo comprender el mundo, sino transformarlo. Ahora bien, una vez descritas también las vías de la protesta, ha de confesarse que este proceso de cambio es hoy por hoy muy difícil, al estar enfrentado a poderosas fuerzas que controlan todos los recursos económicos (y especialmente financieros) y todos los resortes del poder político a la escala del mundo globalizado. Por ello, ha de concluir que la pregunta esencial que hay que hacerse a continuación no tiene respuesta inmediata: «Cómo se puede pasar de la conciencia a una acción eficaz sigue siendo un problema no resuelto».

Descartada la virtualidad de los movimientos dispersos que se han analizado, la vía de la contribución (mediante los métodos clásicos) a la organización de las víctimas de esta fría globalización para que puedan acelerar las contradicciones internas del capitalismo, una de las fórmulas en la que creíamos en una época no demasiado lejana en que la lucha por el progreso parecía caminar por senderos prometedores, parece hoy erizada de obstáculos. Por ello, en el libro nuestro historiador trae a colación otras viejas alternativas, aunque antaño fueran condenadas por las formulacio-

nes más revolucionarias. Es decir vuelve a aparecer la opción del tercer mundo como posible lugar para que prenda la chispa que incendie este mundo inhóspito. Sus palabras parecen remitirnos al viejo libro de Pierre Jalée: «Un mundo con más de mil millones de hambrientos y parados no puede esperarse que siga resignándose indefinidamente a verse condenado a una vida cada vez peor en nombre de las necesidades de un sistema del que sólo se beneficia una minoría, y cuya voracidad para acumular beneficios a corto plazo le ha llevado a ignorar no solo el hambre de hoy, sino el agravamiento que en un mañana cada vez más próximo puede producir el cambio [deterioro] climático»^[11].

Sin embargo, la verdad es, creemos nosotros, que puede esperarse que no sea capaz de rebelarse contra la ignominia, por falta de medios de hacerlo. La historia también demuestra que la injusticia ha podido mantenerse en muchos casos durante muchos siglos y que, mientras han solido triunfar las «revoluciones de la prosperidad», las «revueltas del hambre» han sido muchas veces derrotadas por los mismos responsables de esa miseria.

Si eso puede que sea así, sólo nos queda confiar en el azar. Un acaso que afortunadamente también tiene algunos precedentes históricos, como se señala en el libro. Los actuales dueños de este mundo «tal vez no hayan calculado que los grandes movimientos revolucionarios de la historia se han producido por lo general cuando nadie los esperaba, y con frecuencia, donde nadie los esperaba. Pequeñas causas imprevistas han iniciado en alguna parte un fuego

Shamus Cooke (1979) es un trabajador social y sindicalista estadounidense. Eric John Hobsbawm (1917-2012) ha sido miembro del Partido Comunista de Gran Bretaña y uno de los más grandes y prolíficos historiadores del siglo XX.

11.- Pierre Jalée (1909-1991), a quien hemos traído aquí a colación pese a no haber sido citado por Josep Fontana en su libro, ha sido uno de los más destacados impulsores de la corriente tercermundista en sus análisis del capitalismo del siglo XX, especialmente a partir de su libro *Le pillage du Tiers Monde* (1965, edición definitiva, 1973).

que ha acabado finalmente extendiéndose a un entorno en que muchos malestares sumados favorecía su propagación». Josep Fontana quiere aferrarse a esa «humilde esperanza» (Alfredo Le Pera y Carlos Gardel *dixerunt*), pero sus palabras denotan un evidente desencanto al que hay que sobreponerse con el optimismo de la voluntad. El intelectual formado en la idea de progreso indefinido de la Ilustración y acunado por el entusiasmo incontenible de los seguidores de la I Internacional no puede quedarse (y dejarnos) a la intemperie. Sin embargo (terminando allí donde empezamos esta glosa de su libro), pese a la declaración final (que se ve un tanto forzada después de ciento cincuenta páginas de densa literatura avallando lo contrario) de que el mundo actual tiene «las horas contadas», percibimos en su ánimo un innegable decaimiento. Que es también el nuestro.

Un decaimiento basado en su caso en un análisis preciso, medido, de la realidad, como no podía ser de otra manera en el gran científico social que también es. El mundo que se nos acerca a marchas forzadas es bajo la fisonomía que (desde la ecología) le presta Michael Klare: «un mundo de temperaturas en aumento, sequías per-

sistentes, repetidas escaseces de alimentos, y cientos de millones de gentes famélicas y desesperadas»^[12]. Tenemos el diagnóstico, conocemos (no siempre de un modo completo por el secretismo de los poderes fácticos) las causas, calculamos las expectativas de futuro, sabemos los remedios. Pero, ¿quién será capaz de unir todos nuestros conocimientos en un argumento claro, contundente, comprensible? Y ¿quién será capaz de aunar las voluntades de los convencidos de la verdad y de los disconformes con la realidad (que pueden ser los mismos) para construir una herramienta que sirva para combatir con eficacia ese mundo que conduce a la duradera infelicidad de la humanidad sacrificada en aras del bienestar efímero de los poderosos? Porque, cerremos el discurso también con las palabras de Josep Fontana, nuestra principal tarea es la de «inventar un mundo nuevo».

Ahora bien, después de la lectura del lúcido libro del maestro, el futuro no es sólo un país extraño, sino un país extremadamente inquietante. ¿Hallaremos, y después de nosotros nuestros hijos y nuestros nietos, la llave de oro y la voluntad de hierro para salir del laberinto?

12.- Michael Klare (1942) es un politólogo estadounidense, que enseña en el departamento de *Peace and World Security Studies* en *Five Colleges* (Massachusetts).